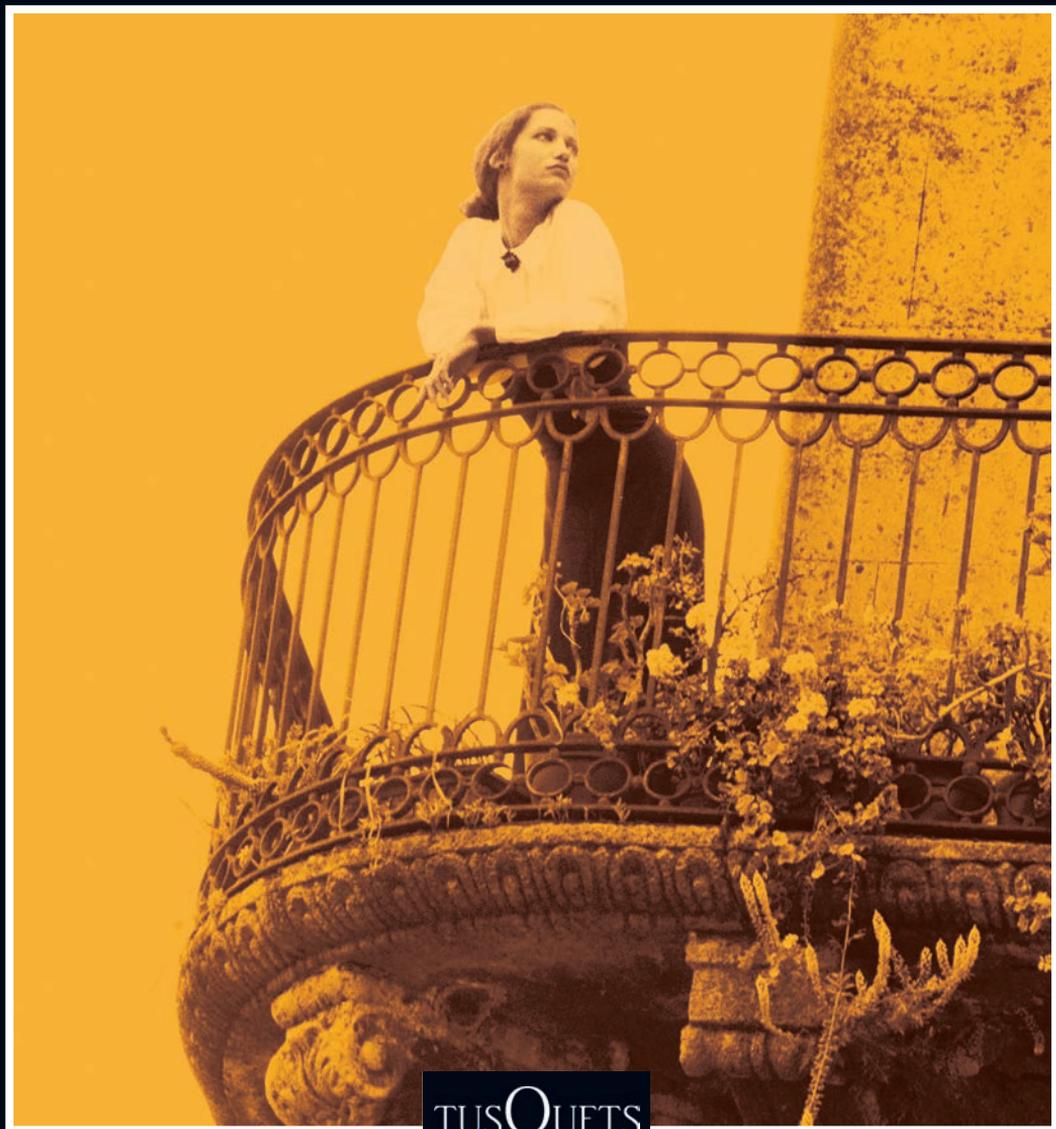


Simonetta Agnello Hornby

CAFÉ AMARGO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

SIMONETTA AGNELLO HORNBY
CAFÉ AMARGO

Traducción de Carlos Gumpert

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Caffè amaro*

1.ª edición: febrero de 2017

© 2016, Giangiacomo Feltrinelli Editore

© de la traducción: Carlos Gumpert Melgosa, 2017
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-370-7
Depósito legal: B. 589-2017
Fotocomposición: Moelmo, S.C.P.
Impresión y encuadernación: CPI
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice de los personajes principales	9
1. Un enamoramiento de otros tiempos	11
2. Un día que deja a todos perplejos	19
3. Un flechazo	22
4. Después de toda noche oscura acaba saliendo el sol ...	28
5. Vuttara	36
6. Las tres industrias sicilianas	44
7. La mariposa	56
8. Un fruto nunca probado	62
9. Un insólito acuerdo prematrimonial	70
10. Con una mano delante y otra detrás	74
11. Galletas de anís	79
12. El espejo roto	84
13. Maria lo toma amargo	91
14. Las compras del ajuar	96
15. La madre de Pietro	103
16. Encaje de Bruselas	110
17. La boda	114
18. Maricchia piensa	120
19. Luna de miel	124
20. Una luna de miel dichosa que corre el riesgo de acabar mal	132
21. Regreso a Sicilia	145
22. El nacimiento de Anna en la casa de Girgenti	156
23. Cada día tiene algo hermoso	166
24. Veraneo en Fuma Vecchia	170

25. Desheredado	173
26. Leer y escribir	181
27. 1914. Año Nuevo en Trípoli	187
28. Los dulces de los Difuntos	203
29. «Y la bella Trinacria... el sulfúrico regolfo»	210
30. Hígado a la veneciana y <i>fritella</i> para Giosuè	220
31. Al verdadero amor se le perdonan tantas cosas	229
32. Nos une un solo destino	236
33. Chantaje	243
34. «Soy el espíritu que niega»	252
35. « <i>Ora veni lu patri tò</i> »	259
36. 1935. Entregad el oro a la patria	264
37. Carta desde Buenos Aires	269
38. El <i>Almanaque de la mujer italiana</i>	273
39. Creer, obedecer, combatir	282
40. Via San Callisto	286
41. La muerte de Pietro	295
42. Las cartas de Giosuè	300
43. Siroco	307
44. Los baños judíos en Casa Professa	314
45. 9 de mayo de 1943. Bajo las bombas	321
46. En la <i>opera dei pupi</i>	326
47. Un paseo juntos por Palermo	335
48. Deseada y amadísima	340
49. 1948. La visita de Ruben	347
Nota de la autora	357
Agradecimientos	363

Un enamoramiento de otros tiempos

Alto y reluciente como el carro de Santa Rosalia, el Isotta Fraschini subía retumbando por via Grande, una calle que cruzaba serpenteando el pueblo de Camagni. Debajo de la capota de lona impermeable, Pietro Sala iba al volante —gorra de cuero negro, gruesa chaqueta turquesa, anteojos y bufanda— con Leonardo a su lado, él también con gorra, anteojos y sobretodo gris cruzado. En cada curva, el automóvil parecía rozar los muros de las casas: detrás de las contraventanas, muchos ojos atónitos.

Via Grande se había quedado vacía. Las mulas de carga con provisiones y mercancías a lomos habían sido atadas a toda prisa en las anillas de las escaleras que cortaban la calle. Como hormigas enloquecidas, la gente, las carretillas, las calesas y las carrozas habían buscado refugio. Los zaguanes nobles estaban abarrotados de extraños, al igual que el interior y los umbrales de las tiendas, las *putie*; los carreteros habían acercado los carros a los muros y habían echado una manta sobre la cabeza de las mulas. De vez en cuando resonaban rebuznos aislados y gritos de algún memo. Los perros estaban alerta. Las escaleras exteriores de las casas y las escalinatas de las iglesias se habían transformado en palcos y refugios.

Al paso del vehículo, accionado por una energía inanimada, los alumnos del Colegio Menor Nacional, apiñados en los balcones del internado, dieron rienda suelta a un aplauso entusiasta. Fue suficiente para que volviera la normalidad. Los perros ladraban. La gente se echaba a la calle, curiosa. Los chicos seguían al automóvil despreocupados del humo que les abrasaba los ojos y la garganta. *Cu sunnu i forasteri? Cu c'i purta? Unni*

vannu? ¿Quiénes son esos forasteros? ¿Quién conduce? ¿Adónde van? ¿Qué clase de máquina es ésta? En la última curva, el Isotta Fraschini aminoró la marcha; después volvió a acelerar hasta que llegó a la placita a la que daba el barroco palacio Tummia.

De pie frente a la portería, vaciada para la ocasión de sus macetas e impecable —suelo reluciente, fresco olor a lejía—, el señor Totò estaba listo para dar la bienvenida al cuñado de su amo, el barón Peppino Tummia. Un rugido del motor, un volantazo, y el Isotta Fraschini dejó atrás el portal. Pietro bajó de un salto. Después de un rápido saludo al señor Totò y a los mozos, tomó las escaleras que llevaban a la planta noble y dejó que fuera Leonardo, empapado en sudor y abochornado, quien contara las increíbles aventuras del viaje desde Fara hasta la pequeña multitud admirada que poco a poco iba rodeándole a él y al automóvil.

—Vaya, ¿te gusta entonces el cacharro? —le preguntó el señor Totò.

Leonardo le lanzó una larga *taliata*, después se desabrochó la levita que le lamía los zapatos para desvelar, por debajo, su uniforme de cochero:

—*Nonzi!* ¡No, señor! ¡Cochero de los Sala nací, igualico que el señor Ciccio, mi padre, y cochero soy!

El dormitorio de los barones Tummia estaba dividido en dos ambientes: por un lado el dormitorio propiamente dicho —adonde Catalina, la doncella de la baronesa, había hecho pasar a Pietro—, y, por otro, oculta por una gruesa cortina a ras de la alcoba, una sala de estar que coronaba la sucesión de salas de representación del palacio. Apoyada en los cojines y vestida de punta en blanco, Giuseppina Tummia hacía ganchillo. Ante la noticia de la llegada de su hermano se había incorporado, había dejado la labor sobre la cama y, púdica, se había tapado con un mantón los pies descalzos.

—Pietru', benditos los ojos que te ven..., hacía mucho tiempo que no venías.

Pietro, con gran desenvoltura, se había sentado en el borde de la cama y hablaba sin parar para no dejar a su hermana ma-

yor la oportunidad de hacerle preguntas y, sobre todo, de reprenderlo. Vano intento.

—No entiendo cómo te ha permitido nuestro padre venir en automóvil. ¡Las carreteras no están preparadas! No debes conducir: es peligroso para ti y para los perros. Se asustan y se dejan atropellar. ¡Si el automóvil derrapa, tú también morirás!

—Es el precio del progreso. Quien va a caballo se arriesga a una caída, si no a algo peor. Y además recuerda que tengo mucha suerte..., no me faltará tampoco con los automóviles. El Isotta Fraschini ha dejado el pabellón muy alto en la Targa Florio del año pasado, es un coche de toda confianza. ¡Te garantizo que no moriré montado en él! —Pietro tomó la mano de su hermana y le dio un beso en el dorso—. Tu marido me ha contado que Fuma Vecchia está en venta y que se encarga de todo vuestro cuñado, Ignazio Marra: tengo una cita con él esta mañana. Quiero hacer de ella una reserva de caza, y he pensado en convertir la torre en una casa de veraneo. Vamos a ser vecinos, nos veremos a menudo.

—¡En cuanto se te pase el entusiasmo, la abandonarás como hiciste con la casa de Palermo, decorada con muebles de Ducrot! ¿Cuánto tiempo estuviste en ella? ¿Dos, tres meses? El único sitio donde estás a gusto es Montecarlo. —Giuseppina tenía la mirada fija en el ganchillo y meneaba la cabeza—. ¡Otro de tus caprichos! —Y luego añadió—: ¿Cómo está mamá?

—Como de costumbre: feliz entre sus monjitas haciendo esclavinas de ganchillo, como tú. —Lo dijo con una mueca indescifrable, y parecía contrariado; después se despidió de su hermana y le aseguró que para la hora de comer estaría de vuelta.

La insistente brisa, que corría por los callejones entre las murallas de las casas, molestaba a los transeúntes que se movían con cautela, despreocupados, al parecer, del desconocido que caminaba con la cabeza erguida y a paso ligero.

—*Mericano?* —preguntó la pastelera.

—*Nonzi.* La pinta es más bien de italiano —contestó su sobrina.

—¿Y pa' qué está aquí?

—Ni idea —dijo la sobrina distraída.

—Pos mejor ‘mericano que italiano. ¡Ésos traen guita, los otros nos la roban con los impuestos!

—¡Mucho mejor! —dijo una clienta que había comprado un puñado de torteles—. *I figli masculi c’arrubbano, ’sti italiani, a noi puvarreddi!* ¡Esos italianos nos roban nuestros hijos varones, a nosotros, pobres desgraciaos! ¡O es que os olvidáis de tos esos jóvenes, tan guapos, robaos por las levas y la guerra de África!

La portería de casa de los Marra parecía desierta. La placa ABOGADO IGNAZIO MARRA estaba atornillada en la puerta interior de entrada. No había nadie esperando a Pietro. De la oscuridad surgió una mano; doblando el dedo índice, le hizo un gesto para que siguiera por las escaleras hasta la segunda planta; después, el pulgar recto le hizo una seña para que tocara el timbre.

El aroma a jazmín era muy dulce. Pietro tenía un olfato finísimo: con cada inhalación, una sensación de bienestar iba penetrando en él. Pasos que bajaban, y después, silencio. En el descansillo, exuberantes manojos de flores blancas y rosadas ribeteaban la ventana abierta de par en par. En un rincón, agazapado, un joven de pelo oscuro miraba intensamente un punto del patio; cuando vio a Pietro, volvió en sí, se quitó el sombrero y siguió bajando.

El despacho de Ignazio Marra tenía un aspecto severo: vitrinas repletas de volúmenes y carpetas, un escritorio y sillas de madera oscura. Dos grabados revelaban su afiliación política: un anciano Francesco Crispi de bigotes caídos y Giuseppe Mazzini de joven, pensativo. La reunión de negocios fue breve —Pietro aceptó la cantidad solicitada por el vendedor y quedaron en que visitaría la torre antes de confirmar la adquisición de Fuma Vecchia—, y ambos se disponían a despedirse. En ese momento se oyó un gran *vuciare* de niños; subía por la ventana y Pietro, curioso, se asomó.

—¡Os felicito! ¡Me esperaba el habitual patio interior y veo en cambio un montón de plantas y rincones de conversación! ¿Es obra vuestra? —Pietro había adoptado el tono familiar de quien habla con el cuñado de su hermana.

Al no poseer una casa de vacaciones, Ignazio había transformado el patio en un agradable refugio donde se estaba al fresco en verano, se recibían visitas y podían jugar los niños.

—Las plantas, al crecer, se han ido comiendo el patio. —Orgullosamente, le mostraba desde lo alto su creación—. He dejado un corredor de distribución a lo largo de todo el perímetro, al que dan las habitaciones de servicio y el comedor. Junto a las paredes puse doce plantas trepadoras de jazmín, que al ir creciendo han llegado hasta las ventanas interiores: su aroma hace que me sienta en el campo, además de mantener alejados a los mosquitos! —En el centro del patio había hecho construir un cenador, que en esa época estaba cubierto de rosas, del que arrancaban cuatro senderos delimitados por setos de boj—. El único capricho que me he dado es la vidriera de estilo moderno en el comedor. —Y se la señalaba.

La vidriera servía de telón de fondo a la rotonda de ladrillos rojos equipada con mesas, sillas y bancos de hierro fundido, albañales que contenían árboles y arbustos y dos estatuas de mujeres desnudas. Debajo del despacho, un pequeño jardín de plantas aromáticas —lavanda, romero, salvia, orégano, hierba de limón y arbustos de laurel que se habían convertido en auténticos árboles— con un joven emparrado de glicinias en el centro, a cuya sombra dos mujeres absortas bordaban un mantel. El huerto estaba delante de la cocina: macetas de perejil, menta y albahaca, un estrecho parterre rectangular de berenjenas en flor y una tupida maleza de plátanos. Gracias a su posición elevada, Ignazio leía con orgullo cada detalle del jardín. Entre las hojas grandes, de pie, había una vieja —probablemente una antigua criada de la casa— vestida de azul oscuro, con una cofia bordada de encaje y un delantal de algodón de color azul claro. Pietro ya se había fijado en ella antes: tendía pañuelos húmedos sobre el laurel sin sujetarlos a las ramas. Mientras tanto, Ignazio le estaba señalando dos círculos concéntricos. El interior estaba formado por árboles de cítricos de reluciente follaje —del que colgaban como si fueran festones cuerdas para tender la ropa—, mientras que el externo era un emparrado de uva de mesa.

—¡Para ocultar a la vista la ropa tendida a secar! —explicó. Después, con un «Discúlpeme», se volvió hacia el portero que estaba esperando para darle un mensaje.

Pietro volvió a mirar hacia fuera. Dos chiquillos perseguían a un niño de no más de ocho años que, con una honda en la mano, iba huyendo de aquí para allá saltando por los setos, metiéndose entre los parterres, escondiéndose bajo el follaje, desde donde los desafiaba: «¡No os la doy! ¡Es mía ¡Es mía!»». Debajo de la pérgola las dos bordadoras, una vestida de gris y la otra de blanco, no los perdían de vista. La que iba vestida de blanco, con el pelo recogido en una trenza brillante, se levantó y corrió tras los dos chiquillos. Era muy joven también. Los adelantó y atrapó al fugitivo, que no se resistió. Los otros dos se habían parado y la miraban en silencio: por la tez y los rasgos parecían hermanos; a una señal de la muchacha se acercaron dóciles. Les dio una reprimenda, hablando con calma y una voz límpida; los tres la escuchaban con los ojos clavados en ella, como hechizados. Pietro posó una mirada indolente en la muchacha: tupidos cabellos castaños, rostro ovalado, piel aceitunada, cejas bien marcadas, ojos oscuros, nariz recta y labios gruesos. Y entonces, como si le hubiera lanzado un hechizo a él también, al igual que a los tres niños, ya no pudo apartar los ojos de ella: muy erguida, con el vestido de muselina blanca cerrado en el cuello, corpiño ceñido y una falda recta con un pliegue en la parte posterior, la respiración agitada, mostraba sin darse cuenta su cuerpo —pechos, nalgas y muslos—, como si estuviera desnuda; al mismo tiempo, cuanto más miraba Pietro su rostro de facciones regulares, más crecía en profundidad y en belleza. Eran sus ojos los que hablaban, grandes y engastados, con forma de almendra, con una intensa luminosidad. La muchacha callaba. Todo estaba en silencio. Luego ella levantó una mano para rozar con una caricia las cabezas de los tres chiquillos, empezando por el pelo rizado y acabando en la barbilla. Uno por uno, éstos le dieron un beso en la mejilla y volvieron a entrar en la casa contritos, el más pequeño entre los mayores. Ella permaneció de pie, con la honda entre las manos, la mirada aterciopelada puesta en ellos, dulcísima; Pietro admiró una vez más su pecho jadeante, perfecta-

mente modelado, la delgada cintura y la espalda arqueada. Mientras tanto, la anciana se acercaba con pasos lentos.

—¡Bien hecho! —la felicitó, con el vozarrón de los sordos.

—Gracias, Maricchia —contestó ella, y le acarició el brazo.

Tras volver al bordado, la muchacha empezó a entonar una canción de amor napolitana; un canto quedo, con sentimiento, siguiendo el compás con la cabeza. Pietro la escuchaba. E Ignazio también, que se había acercado a él.

—¿Quién es?

—Mi hija.

—Es muy hermosa... —murmuró Pietro sin apartar la mirada.

Los dedos volaban sobre el lino, las jóvenes cantaban juntas. De vez en cuando, se susurraban algo la una a la otra y se reían. La de gris parecía la mayor. Tenía un rostro insignificante y movimientos pausados; rara vez levantaba la mirada, absorta en su tarea. La otra, sin dejar inactiva la aguja, se permitía pequeñas pausas. Levantaba la cabeza para observar un gorrión que bajaba volando para arrancar una gota de agua a la fuente y retomar inmediatamente altura, seguía las nubes fugitivas en el cielo, después bajaba la mirada para ver quién entraba en el patio y lo saludaba con una amplia sonrisa acompañada de un movimiento de la mano, casi como ofreciéndose cual obsequio. Volvía al bordado descuidado, lo acariciaba y reanudaba el movimiento de la aguja puntiaguda, pero no reemprendía de inmediato el canto: aguardaba a que la voz solitaria de su compañera llegara al arranque de una nueva estrofa.

Por turno, se interrumpían para preparar las nuevas hebras. La muchacha cortaba el hilo con unas tijeritas que llevaba atadas a una cinta que le colgaba en el pecho, después tomaba en sus manos aguja e hilo y se preparaba para enhebrarlo: la punta de la lengua asomaba de los labios carnosos y humedecía rápidamente el hilo. Si con eso no entraba por el ojo, se demoraba con toda la lengua para humedecerlo un poco más. Después lo alisaba y levantaba la aguja, con los labios entreabiertos, la mirada clavada en el ojo de la aguja, la barbilla alta y el cuello tenso; mientras tanto, la mano izquierda se «afanaba» con el hilo

acariciándolo de arriba abajo. Los dedos delgados palpaban, alisaban y acababan por amansar al gran protagonista del bordado. Eran movimientos rítmicos, de sacerdotisa. Sugerentes. Sensuales. Pietro se sintió invadido por una languidez insistente. Trató de apartar la mirada sin conseguirlo.

Una ráfaga de viento se llevó los pañuelos imprudentemente puestos sobre el laurel; revoloteando, acabaron enredados en las ramas más altas. La anciana soltó un grito. Desde la cocina acudieron otras mujeres, pero la muchacha fue la primera en llegar. Encaramada a los árboles, justo por debajo del observatorio de Pietro, se esforzaba en recogerlos, sin saber que estaba siendo observada. Pietro seguía sus movimientos agraciados, contemplaba su cuerpo armonioso, su rostro enrojecido velado de sudor, su frente enmarcada por los mechones huidos de la trenza y su pecho lozano, y se excitaba. Una vez rescatados los pañuelos, la chica se los entregó a la anciana y regresó al bordado con su amiga. Canturreaban juntas *A cura 'e mamma*. Como si se hubiera percatado de los ojos del extraño, la muchacha desplazó la silla hacia la pérgola. Pietro se movió y volvió a tener una visión completa. Ella *murmuriava* los versos de la canción y lanzaba en dirección a Pietro largas miradas oblicuas. Después sonreía. Pietro quería que esa sonrisa estuviera dirigida a él, y solamente a él. La deseaba. Quería tocarla. Poseerla. Se la comía con los ojos. Y se hinchaba, sin turbación ni vergüenza.

—¿Cómo se llama?

—Maria.

Un largo silencio, después.

—Maria... Maria... —repitió Pietro. Se volvió hacia Ignazio. Tomó aliento, se enderezó y le preguntó—: ¿Me la concedéis?

